

Próximo número:

La deliciosa y finísima novela
cinematográfica

LLOVIDO DEL CIELO

interpretada por el simpático
artista, mimado del público

TOM MOORE

Postal-fotografía:

Elena Makowska

Precio: 25 céntimos

Sale todos los miércoles

La Novela Semanal Cinematográfica

N.º 32

25 cts.



**EL
PRÍNCIPE
ESCUOTOR**

por
Thomas Meighan
Filmoteca

de Catalunya

**LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA**

Redacción } Gran Vía Layetana, 17
Administración } Teléfono 4423-A
BARCELONA

AÑO II

N.º XXXII

El Príncipe Escultor

por

THOMAS MEIGHAN

y

LILA LEE

PROGRAMA AJURIA

Ronda Universidad, 14. :—: BARCELONA

Guillermo Peyton, joven escultor que al morir sus padres se encontró sin más patrimonio que su juventud y su ambición de gloria, decidió dejar América, su patria, para dirigirse á Londres, donde pensaba perfeccionar su arte. Lo único que le preocupaba, la víspera de emprender el viaje, era el exceso de equipaje.

José, el viejo criado del hogar paterno, aun advertido por Peyton de que no le sería posible remunerar sus servicios, decidió correr la suerte de su amo, fuera como fuere.

Guillermo y José rellenaron hasta no poder más las maletas, colocando en ellas los objetos preferidos que cupieron.

Guillermo creía haber terminado su laboriosa tarea de mete y saca cuando, para aumentar su temor de que eran demasiados las maletas y bultos que debía llevarse, vió ante sí el busto de su novia Alicia, obra que modelaron sus manos y su corazón.

Guillermo estaba citado hacia aquella hora con Alicia, y así que hubo encargado á José que envolviera el busto de la mujer amada, que, naturalmente, le acompañaría siempre adonde quiera que fuese, cual mascota de la suerte, salió á escape de su casa en dirección á la de ella.

Alicia Travers, el original del busto, y por cuyo amor el escultor estaba decidido á conquistar fama y fortuna, releía, entretanto, una carta que Guillermo le había enviado con unos paquetitos. El escrito decía lo que sigue:

«Amor mío:

- »Estas pequeñas esculturas son preciosas para mí. Las encomiendo á tu cuidado y á tu cariño.
- »Estaré en tu jardín á las nueve de esta noche, para despedirme de tí.

Guillermo.»

Apenas terminada la repetida lectura de la carta anterior, Alicia fué sorprendida, en la contemplación de las esculturas de Guillermo, por Mauricio Helmer, un caballero persistente, obtinado y rico, viejo amigo de la casa de su tía, con la cual vivía Alicia.

Al corriente del amorío de Alicia y el artista, Mauricio la preguntó, con una sonrisa in-

crédula:

—¿Estás segura, Alicia, de amar lo suficiente al joven escultor para esperarle hasta que conquiste una fortuna?

—Sí; le amo como mujer enamorada y tengo una ciega confianza en su amor.

—Bueno. Como por ahora no te puedes casar con él, tiempo te queda para que medites sobre mi proposición de que seas mi esposa. Ya sabes que tú cumples mis deseos respecto á la mujer, y que sabré esperar á que yo tenga quizás la suerte de ser el elegido....

La tía de Alicia se oponía resueltamente á que su sobrina se casara con el pobre artista; por el contrario, ponía de sí cuanto le era posible, saliéndose muchas veces de las discretas insinuaciones, para que se «arreglaran» su acaudalado amigo Mauricio y la «tonta» de su sobrina, como solía calificarla, para sus adentros, al pensar que no se decidía á aprovechar el buen partido que se le ofrecía.

Mauricio y la tía de Alicia, en connivencia, confiaban en vencer al capricho de Alicia, para que ésta tuviera, según decía aquél, una realidad más sólida.

Alicia aprovechó un momento de animada conversación entre Mauricio y su tía, para salir al jardín donde Guillermo había llegado ya.

Hablaron mucho en pocos minutos. ¡Eran tantas las cosas que debían decirse mutuamente! Pero entre las promesas y protestas de verdadero cariño, escapó un quejido del corazón de Alicia:

—¡Está tan lejos Londres!...—exclamó— ¿es necesario que te vayas, Guillermo?

El, haciendo un supremo esfuerzo, contestóle:

—Todo lo hago por tu amor: mi viaje, mis proyectos, mi trabajo... ¿me esperarás?

El amor venció al amor y de los labios de Alicia escaparon estas dulces palabras:

—Te esperaré, y pediré por tí.

—¡Mi Alicia!... Tendré tu busto siempre ante mi vista y tu recuerdo no se apartará jamás de mi corazón.

—¡Guillermol...

—Adiós, amada mía...

—Vuelve pronto, Guillermo...

*
**

En Londres.

En el barrio de la bohemia andante, donde los sueños toman la forma de estatuas ó cuadros, y donde los artistas viven de esperanzas é ilusiones.

Guillermo vivía en el piso alto de una casa sin más pretensiones que las de una portera exigente emperrada en cobrar los recibos de sus inquilinos.

Al extremo del pasillo de la habitación de Guillermo vivían tres artistas con quienes se había hecho pronto amigo. Eran éstos: Gero-me, un francés alegre, decidor y optimista; Jack Rodney, heredero del título de Conde de Huntington, que mientras esperaba los pergaminos y los millones de su abuelo también trabajaba como artista; y finalmente, Belling, pin-

tor, que estaba seguro de haber heredado el genio de su padre, y no esperaba ninguna otra herencia.

El buen humor entre artistas es cosa pegadiza, y no tardó Guillermo en ponerse á la altura de sus compañeros. Una prueba de ello la dió embabiecando con hábiles adulaciones á la portera cuando ésta fué á meterle debajo de las narices un recibo de tres meses de alquiler. ¡No era poco el pico! La misma modelo que colaboraba con él á la creación de una magnífica obra, y el mismísimo José, el criado fiel de Guillermo, se quedaron maravillados ante el hecho palpable de que la portera se hubiese convencido á aplazar la presentación del recibo del escultor.

Conjurado el peligro, Guillermo prosiguió su trabajo con febriles deseos.

Muy por debajo de los artistas, vivía una personita que encendía el fuego del genio y barría los salones de la fama, (vulgo pobres talleres llenos de poesía ardiente á falta de muebles y despensa abundante). Era huérfana y también ella, ¡oh ingenuidad de 14 abriles!, vivía de ilusiones. La lectura de novelas á lo Abelardo y Eloisa constituía por completo su pasión favorita. A menudo soñaba, en relación con su vida cotidiana con los artistas, que ella se convertía en una hermosa mujer y que los artistas de más renombre estaban á sus pies, pidiéndola que les sirviera de modelo, y que ella elegía á su gusto. Mas de sus deliciosos sueños era siempre arrancada por la portera, que la tenía á su servicio más que por compasión por el mucho provecho que le daba.

—¡Marcela, Marcela! ¡Hermosa Marcela!— murmuraba aquel día la pobrecita huérfana sugestionada por el relato de la protagonista de una obrita sentimental. Simultáneamente oyóse la voz de trueno de la portera, quien gritaba á la niña:

—¡Robustiana!... No seas perezosa y anda á encender la lumbre, que ya es hora.

El infortunio la perseguía sin piedad.

En uno de los estudios que había en la vecindad de Guillermo, la tristeza parecía haberse cebado en las personas y en las cosas que lo ocupaban. Estaba de luto, porque no hacía mucho tiempo que sucumbió de desesperación y miseria moral, el bohemio iluso. La desgraciada viuda, víctima de traidora enfermedad, de la que ella misma no se daba exacta cuenta, fué á pedir trabajo á los artistas, sacrificándose, por atender al sustento de su única hija, Claudia, que no tenía más que cuatro años.

Ninguno de los amigos de Guillermo pudo complacerla, sintiéndolo en el alma, mucho más cuanto que su esposo tuvo tratos con ellos. Le ofrecieron individualmente unas monedas de socorro, que rehusó agradecida. ¡Ella quería trabajo, no limosna de quien, desprendiéndose generosamente de ella, no cenaría quizás!

Las modelos que vieron á la pobre viuda, la compadecieron. A una de ellas le supo mal el haber sido contratada por uno de los artistas aquel día, pues se incriminaba la causa de que aquella no hubiese encontrado trabajo en su lugar.

Desalentada, la viuda, dispúsose á tentar la última esperanza, que consistía en ofrecerse á Guillermo; mas no pudo llegar hasta su taller, pues, vencida por la anemia fatal de que era presa, cayó desmayada al suelo.

Robustiana, la huerfanita, que nosotros, aquí, por complacerla, llamamos Marcela, puesto que este nombre le gustaba hasta el delirio, subió á encender el fuego de la chimenea de las habitaciones de los artistas, cuando vió caer á la viuda. Con toda urgencia puso al corriente de ello á Guillermo, por ser su habitación la que se hallaba más cerca del lugar del suceso.

Convenientemente transportada á su taller de escultor, la viuda, Guillermo trató de consolarla prometiéndole trabajo con él. Pero ella sentía que sus fuerzas ya no podían resistir por más tiempo la lucha por la vida y, asiéndole las manos, le dijo, implorante, con temblor en la voz:

—Es usted muy bondadoso al ofrecerme trabajo.... Y no tengo derecho á pedir más.... Pero siento que me muero... y no hay quien cuide y sostenga á mi hijita... cuando yo haya desaparecido.... Su padre, que era compatriota de usted... ha muerto.... Y le ruego... le suplico... que adopte á la niña....

Guillermo recibió la petición de la moribunda con visibles muestras de contrariedad, al principio, pues, al posar su vista en el busto de Alicia, comprendió era imposible la adopción de la criaturita.

—¿Qué diría Alicia? ¿Cómo voy á comprometerme yo á eso, sin contar con mi novia?

—contestó Guillermo.

—¡Por Dios!... Sé que usted es bueno....

—No puedo, no puedo.

—¿Pero va á quedar mi hija, en medio de esta ciudad, sin protección de ninguna clase?

La dolorida madre lloraba amargamente; Guillermo se debatía en una lucha de sus nobles sentimientos.

De pronto, Guillermo vió á la huerfanita, la criada de todos, junto al fuego apenas encendido, calentándose su mal cubierto cuerpo; medio dormida; comprendió todo el alcance de las palabras de la viuda sin amparo y, á la par que se sentía profundamente emocionado ante la soledad de la huerfanita, crecida sin un cariño, olvidóse de sus escrúpulos, por sacar á flote á un náufrago en peligro, é hizo este juramento á la viuda:

—Adoptaré y cuidaré á su hija como si fuera mi propia hija.

Los ojos de la madre brillaron, de un brillo extraño, su rostro se contrajo; se ahogaba. Logró agradecer á Guillermo su buena acción y pudo decirle aún:

—La mujer que usted ama... comprenderá... ¡Que Dios los bendiga!

Luego, los instantes de vida fueron brevísimos: murió sonriendo á Guillermo, y llevándose al otro mundo su gratitud inmensa hacia él.

*
**

Hechas las oportunas diligencias para la conducción del cadáver al hospital, y una vez

que el traslado fué efectuado, Guillermo mandó á José á buscar á la niña que quedaba sola en el mundo.

Mientras eso hacia José, Guillermo, con una nueva responsabilidad sobre sí se preparaba á sustituir lo mejor posible á la madre. Como primera providencia empapóse de los consejos que daba un libro de hogar, en el capítulo "*El cuidado de los niños*", y prestó especial interés á esta observación: "*No se acueste al niño sobre el lado izquierdo después del alimento. Eso produce cólicos é indigestión aguda.*" Guillermo ensayóse con un almohadón.

La niña llegó sin tardar. El criado la empujó hacia Guillermo, y éste la dejó acercarse á él sin mirarla, al objeto de comprobar si de buenas á primeras la niña simpatizaba con él é iba á su casa sin recelo. En efecto, la niña no tuvo temor ante Guillermo, á quien, dándole un golpecito en el brazo para que reparara en ella, le dijo, señalándose con el dedo:

—Yo soy Claudia.

—¡Ah!... te esperaba. Qué bonita eres.

—¿Dónde está mamá?

—Tu mamá... no tardará en volver... ¿qué miras?... ¿Esas estatuas?

—¿Quién es esta mujer?

—Esta es la diosa Circe, que convertía en animales á todos sus amigos.

—¿Sí?... Y esa... esa será mamá ¿no?

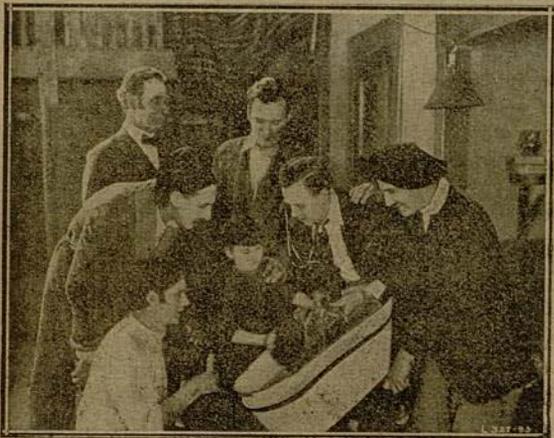
—Esa es una señorita que tú no conoces aún.

—¿Dónde está mamá?

En este momento irrumpieron en el taller de Guillermo sus amigos, quienes recibieron con

júbilo grande á la protegida del noble compañero y la obsequiaron con significativos presentes. Uno de los artistas estaba triste á causa de la orfandad de la niña; Guillermo se le acercó y, al oído, le musitó:

—No debe saber nada hasta que pueda yo explicarle todo. Ahora, por lo que más quieras, procura sonreír.



.....la obsequiaron con significativos presentes.....

Llegó la noche, ese momento en que ni los regalos ni los juegos pueden sustituir á una madre: la hora de acostarse.

Claudia, sentada ante la amplia ventana del estudio, desde la cual se dominaba la calle, miraba á lo lejos, sin ver, adormecido como es-

taba su espíritu por un pensamiento que la llenaba de melancolía. Guillermo, sospechando el motivo de la silenciosa actitud de la niña, la despertó suavemente á la realidad para acosarla. Entonces, Claudia, inquieta, le preguntó:

—¿Cuándo va á venir mamá?

Guillermo hubo de disimular los vivos deseos que le vinieron de llorar, y contestó á la niña:

—Tú querrás que mamá vaya dónde pueda descansar y estar en paz y sin sufrimientos ¿verdad? ¡La pobre padecía tanto...!

—¡Pobrecita!

—Mamá te ha mandado á esta casa, porque á mi me hace falta una niña como tú, que me ayude á hacer estas grandes muñecas de barro, y que me quiera mucho.

—¿Sí? Yo te cuidaré.... Entonces, tú serás mi papá, y éste...—señalando á José—éste será mi amigo.

En breves segundos desnudóse Claudia ante graciosos amagos de pudor por parte de Guillermo y José. Acostumbrada á acostarse con camisón, Claudia lamentóse de que no tuviera ninguno limpio para ponerse aquella noche. A este mal halló remedio Guillermo quien, apoderándose de una funda de almohada, la dobló por la mitad en sentido vertical y dió un corte en forma de media luna desde una parte de la doblez hacia el extremo cosido de la funda; luego hizo otro corte en la misma forma en la juntura de los dos lados de la funda, confeccionando de tal suerte un camisón, pues el primer corte formó el escote y el segundo la introducción de los brazos.

Tras esta labor de modista, Claudia dejó acostarse por Guillermo.

José cosía un botón al pantalón de la niña que se había desprendido de él al desnudarse Claudia. Guillermo, riéndose, demandóle:

—¿Te gusta tu nuevo empleo de *niñera*, José? El buenazo de José sonríole.

Claudia no podía estarse quieta en la cama; Guillermo, que leía el periódico arrellanado en un sillón cerca del lecho de la niña, con José á su lado, no le quitaba ojo y no le permitía descubrirse ni que se pusiera de lado izquierdo. Sonriendo, á su vez, á José, Guillermo le dijo, dándose las de padre enérgico:

—No hay nada como la firmeza para educar bien á los niños, José.

Atenta á los movimientos de su «papá», Claudia deslízose desde el lecho á tierra donde se arrodilló; pero Guillermo, que la vió en seguida que eso hizo, se levantó, fué hacia ella, y á su cariñosa reconvención, ella contestó, con triste acento:

—Estaba pidiendo á Dios que mamá se cure pronto, para que pueda venir con nosotros.

Guillermo y José se interrogaron con la mirada; á una pensaron que Claudia necesitaba las caricias de la madre para domirse, y aquél, dispuesto á salir airoso de su delicada misión, tomó en sus brazos á la niña, volvió á acomodarse en el sillón; sentóla en sus rodillas, le rodeó el cuerpo con sus brazos recostándole su cabeza sobre su pecho, para que se durmiera. Hallándose bien así, Claudia volvió á animarse y rogó á Guillermo:

—Papá, cuéntame un cuento en que haya un

Príncipe.

Guillermo, dócil, empezó:

—Érase una vez un pobre escultor....

—Papá, dime: ¿ese escultor era príncipe?

—Sí.... Este pobre príncipe escultor hacía figuras de barro, pero la gente no quería comprárselas, y él estaba enamorado de la princesa Alicia.

—Qué bonito es el cuento.... Un príncipe... una princesa....

—El cuento no está terminado todavía y lo seguiremos cuando se acabe.

El sueño se apoderó rápidamente de Claudia; Guillermo la acostó y veló, con ternura, su reposo.

* * *

Lejos, muy lejos de allí, la princesa Alicia esperaba, fiel á la memoria de su príncipe escultor. La última carta que ella había recibido de Guillermo le decía, refiriéndose á Claudia:

«...*Sin duda que la querrás mucho cuando la conozcas. Es de lo más simpático y dulce. No sé cómo antes pude vivir sin ella.*»

La tía de Alicia, que supo la nueva por su sobrina, le manifestó su extrañeza:

—Es muy raro eso de que un joven adopte á una niña pequeñita.

Por las muestras de enfado de Alicia se desprendía que ella no admitía la más mínima duda sobre la conducta de Guillermo.

Mauricio Helmer, aquel día, como cada pri-

mero de mes, fué á visitar á Alicia para preguntarle si no había cambiado aún de resolución.

Como otras muchas veces, ella le contestó que seguía más enamorada que nunca y con mayores esperanzas que jamás.

Así pasaron tres años más. Sevilla no se hizo en un día, y el éxito tampoco se alcanza en tan corto plazo. Guillermo seguía luchando por conquistar la fama, con la ayuda de dos manitas amorosas y llenas de caricias.

En la obra que concebía entonces, Guillermo tenía puestas todas sus ansias de artista. A propósito de ella habló con Claudia quien, á los siete años, parecía toda una mujercita:

—Voy á llamar EXITO á esa escultura, porque ella nos traerá la fama y la fortuna... Y después, el hogar al lado de la princesa Alicia.

La vehemente manifestación de sus proyectos para lo futuro, causaron un doloroso efecto á Claudia que, volviendo boca abajo la fotografía de Alicia, rompió á llorar.

—¿Qué es eso, Claudia? Por qué lloras?

—Papá ¿quieres á la princesa más que á mí?

Los celos de la niña eran una prueba admirable del cariño inmenso que le habría cobrado á su «papaíto». Reconocido á ella, Guillermo le aseguró:

—Desde aquella noche, hace ya tres años, en que entraste á esta casa, Claudia, no hay nada en el mundo que pueda interponerse entre tú y yo.

Todo temor desapareció al conjuro mágico de estas palabras.

El veneno persistentemente derramado por

la tía, comenzó, al cabo de algún tiempo, á hacer efecto en el corazón de Alicia. La tía le había dicho últimamente:

—La edad de la niña no quiere decir nada. En todo caso debe ser una novela que data de varios años.

Resuelta, al fin, á aclarar la duda, Alicia emitió su parecer delante de su tía y de Mauricio:

—Me parece que lo mejor es que vaya yo á Londres á ver á Guillermo... y á la niña.

Mauricio intervino, á continuación:

—Yo tengo que ir á Inglaterra por unos negocios. ¿Por qué no ir juntos?

—Acepto su compañía ¿A cuándo la partida?

—Estoy á tus órdenes.

Y un día, mientras Claudia trabajaba y se afanaba como mujercita de su casa, llegó una visita intempestiva: era Alicia. Claudia la reconoció en seguida y la preguntó:

—Usted es la princesa Alicia ¿verdad?

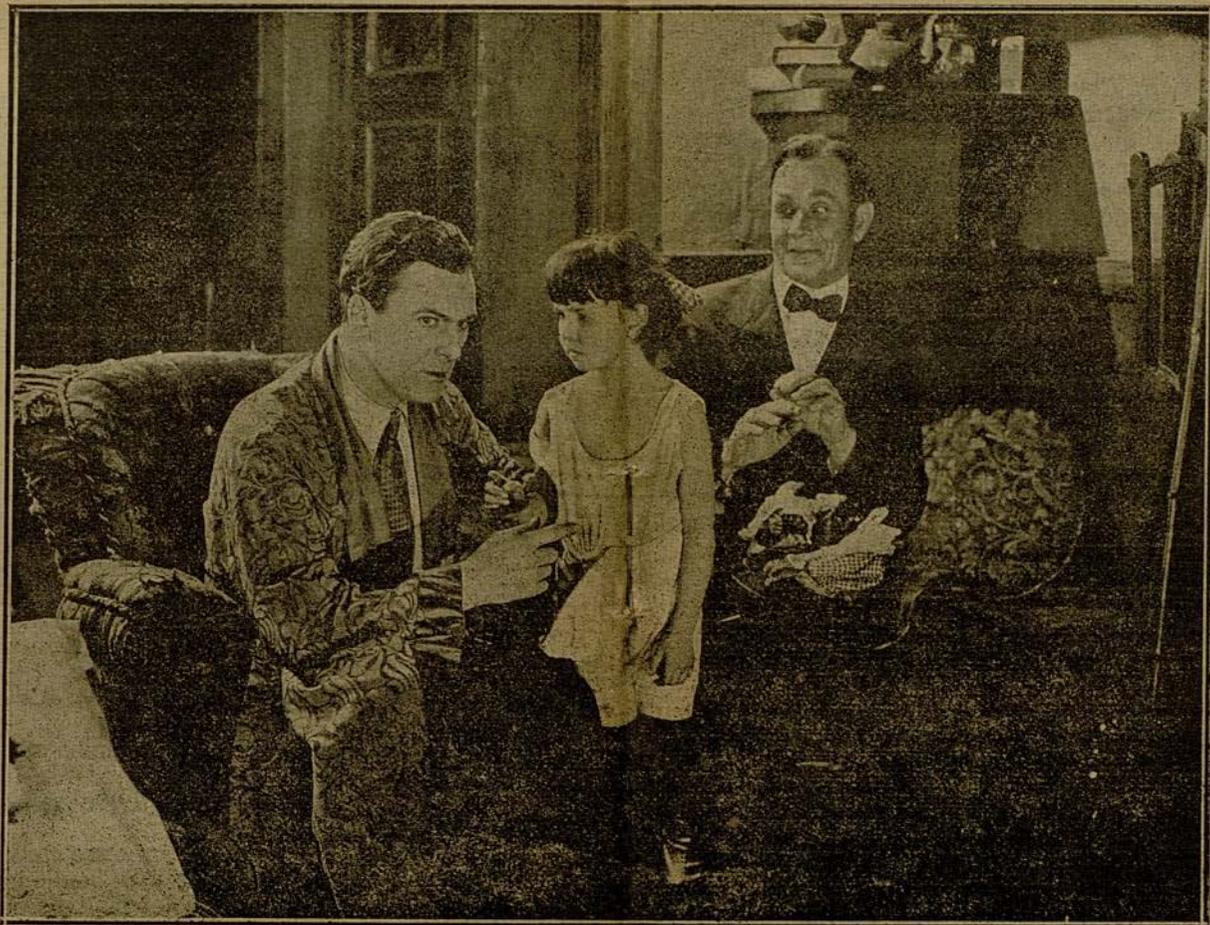
El apelativo halagó á la mujer, que sonrióse satisfecha.

—Papá ha salido—añadió Claudia—pero no debe tardar en volver.

—¿Tu papá has dicho?... ¿Y tu mamá... vivía aquí?

—Papá la mandó al campo á que se aliviara, pero nunca se alivió.

Lo dicho por la inocente criatura confirmó rotundamente á Alicia que eso que le había escrito Guillermo acerca de los motivos que le impulsaron á adoptar á Claudia, era un subterfugio para desvirtuar la veracidad de los hechos.



En breves segundos desnudóse Claudia ante graciosos amagos de pudor....

Como viera Claudia que la princesa de su cuento, no le hacía ningún mimo, le notificó:

—Papá me dijo que usted me quería tanto como él, porque soy suya, y usted quiere mucho todo lo que sea de papá ¿verdad?

Aquí, apareció Guillermo. Su sorpresa fué para no descrita. Atraído por Alicia cual mariposa por la luz, avanzó él hacia ella, hizo que Claudia se retirase hasta tanto no la llamara, y soltó á Alicia la expresión de su inenarrable asombro:

—¡Qué alegría me da verte, Alicia!

Pero ella no correspondía, cual merecía, á la sinceridad de Guillermo; y, al contrario, puntualizó las cosas con severidad. Encauzó el diálogo siguiente:

—Han llegado hasta mí rumores respecto á la madre de Claudia y tú.

—Cuando adopté á Claudia, te escribí diciéndotelo todo. ¿Acaso dudas de que sea verdad?

—Lo que quiero es sólo una prueba de tu honorabilidad y de tu amor hacia mi.

—¿Cómo dártela?

—Si Claudia no es hija tuya, no debes tener inconveniente en separarte para siempre de ella.

—Eso es imposible, Alicia.

—¿Te niegas? Aunque te lo pida yo? Aunque sea por mi amor?

—No puede ser Alicia: hice el juramento á una moribunda de no abandonar jamás á su hijita. ¿Por qué dudas de mí?

—Entonces, Guillermo, lo siento... Tú eres el que ha decidido.

—¿Es posible que tú, Alicia, des crédito á falsas suposiciones? No; tú eres buena; tú comprendes la razón...

—Es por demás que discutamos, Guillermo, si no estás dispuesto á complacerme. Adiós.

Al cerrarse la puerta tras de Alicia, Guillermo iba á llorar; pero Claudia, reuniéndose con él, le abrazó desbordando de gratitud, y el roce



—Entonces, Guillermo, lo siento...

de sentimientos tan delicados fué para él un consuelo momentáneo necesario.

Llegaron las fiestas de Navidad, con su cortejo de alegría, pero ni el regocijo ni el cariño de Claudia bastaban á calmar el dolor de la honda herida de Guillermo.

La víspera de las fiestas, los amigos de Gui-

llermo convencieron fácilmente á Claudia á que se acostase, bajo el pretexto de que los Reyes Magos no podían llegar con sus regalos, hasta que los niños estuviesen acostados, y á fin de poder depositar, sin recelo de ser descubiertos antes de la hora por Claudia, los presentes que le hacían con motivo del Advenimiento del Señor, según la costumbre inglesa distinta de la de España.

Guillermo no sabía con qué palabras agradecer á sus verdaderos amigos lo que hacían por Claudia. Jack Rodney, el futuro conde, uno de los bohemios, sorprendió á Guillermo pensativo.

—¿Por qué estás triste?—le preguntó.

—Estaba pensando en otra Navidad en la que había soñado mucho, y que nunca vendrá.

—¡Bah! No hay que apurarse, Guillermo. No pierdas la fé. Quién sabe si cuando menos te lo pienses...

—¡Dios mío, que sea pronto!

La llegada de la huerfanita, criada de la portera de la casa de los artistas, hizo cambiar el tema de la conversación de los dos amigos.

—Dispéñseme usted, señor...—dijo á Guillermo con humildad—. He hecho una muñeca para Claudia.

Y á los ojos asombrados de Guillermo, la huerfanita desenvolvió la muñeca de trapo que ella misma había confeccionado; pero la niña no quería entregársela porque acababa de ver la muñeca que uno de los artistas trajera antes. ¡Qué grande y preciosa era! ¡Qué pobre, qué insignificante la suya! Fué un chasco para la niña, que había atribuído á su obra un va-

lor inestimable. Guillermo, reconocido al sentido gesto de la pobre criatura, cogió su muñeca de trapo y dándola á contemplar á sus amigos, exclamó:

—Esta es una verdadera muñeca; la tuya, Gerome, es demasiado grande.

La huerfanita no cabía de gozo en su cuerpo. Guillermo le dijo aún:

—No dejes de venir mañana. En el árbol de Navidad hay una sorpresa para tí.

En la tierra no era posible que hubiese una niña tan satisfecha de la vida como lo estaba entonces la huerfanita.

Los artistas compañeros de Guillermo se volvieron á su estudio general (los tres vivían juntos). Jack invitó á Guillermo á que estuviera con ellos dentro de un rato en su taller donde preparaban un ponche.

Cuando Guillermo quedó solo en su piso, José, el criado, le entregó un paquete de regulares dimensiones que un *botones*, al parecer de un gran hotel, había traído.

—¡Es de Alicia, José!—adelantó Guillermo, sin abrir el paquete—Tengo el presentimiento de que estas Pascuas van á terminar con mucha alegría.

La suposición de Guillermo no era del todo falsa. Era Alicia quien le enviaba aquello; pero no lo que pensaba. Después de la alegría producida por el hallazgo en el paquete de un manguito y una piel para una niña, indudablemente para Claudia, la realidad de la ruptura de Alicia con él, evidenciaba por el retorno de su sortija y correspondencia, hirió cruelmente á Guillermo, y su herida sangró más todavía

á la lectura de este fragmento de la carta de despedida que le enviaba Alicia:

«... de modo que te devuelvo tus cartas y tu sortija.

Que tú y Claudia seais muy felices. En cuanto á mí, esta mañana me casé con el señor Helmer.

Olvida á

ALICIA.»

Con su rostro entre sus manos para ocultar á la misma luz su llanto, le sorprendió Jack, que iba á buscarlo porque el ponche esperaba.

—¿Que te sucede Guillermo?

—¿Se ha casado con otro!

—Sé fuerte... resignación, Guillermo.

—He fracasado, amigo mio... Soy un fracasado. ¡Y pensar que llamé *Exito* á esta patraña! (señalando la estatua con la cual confiaba alcanzar fama y provecho) ¡Bah!... esa sonrisa burlona de su rostro no es más que la máscara que miente y esconde el dolor tormentoso de su alma. Y voy á destrozarla á martillazos...

—¡Guillermo por Dios, detente!... Acabas de tener una idea genial; modifica tu estatua expresándole tu dolor.

—Ya no puedo trabajar... Déjame... No quiero verla más...

—No seas insensato, Guillermo...

—Suéltame te digo...

—Atiende; estás ciego...

—Estoy loco, quiero estar loco, deseo romperlo todo, vengar mi dolor.

La intervención inesperada de Claudia, alarmada por el ruido de la disputa, desarmó á Guillermo cuando ella le gritó: «Papá, papá,

papá mio».

Guillermo tomó á Claudia en sus amantes brazos y lloró con ella.

—¿Por qué lloras, papá?

—El cuento del príncipe escultor y la princesa Alicia ha terminado, hija mia!



La intervención inesperada de Claudia...

Afuera nevaba. Desde los cristales de la ventana se veían caer los copos de nieve que cubrían, cual manto, la tierra. Era como el sudario del amor troncado...

La inspiración nacida del sufrimiento, trajo el verdadero éxito á las puertas del artista, y

á los diez años de aquella dolorosa fiesta de Navidad, Guillermo famoso y rico, trataba ahora de resolver el problema de Claudia, convertida en mujer.

En la casa de Guillermo y Claudia pasaba con frecuencia, algunas temporadas, Jack, hoy conde de Huntington.

Un día, Guillermo, notificó á Claudia:

—He tomado una decisión importante, Claudia, y deseo que me des tu opinión antes de mandar esta carta.

—¡Qué!— preguntó ella —¿Has escrito á la Princesa Alicia?

—No. He escrito á una agencia de empleos pidiendo una ama de llaves. ¿Qué dices á ello?

—¡Me parece muy mal! Hace tres años que yo soy tu ama de llaves y me dolería que otra persona ocupara mi puesto.

—Pero, Claudia, considera que es necesario...

—Nada, nada... Anda, papaito, ¿no sabes cuánto te quiero? Quién te cuidaría mejor que yo, di? Verdad que aquí no queremos una ama de llaves gruñona?

—Escucha, Claudia. Tú ya no eres una niña, y vivimos aquí los dos solos... El mundo es muy perverso y muchas veces sin pararse á pensar la injusticia que puede cometer, suele decir cosas crueles... Esto podría perjudicarte...

—Si... claro... yo soy una mujer... y puesto que al mundo eso le importa...

—¿Comprendes ahora Claudia por qué quiero que venga una ama de llaves?

—No sé... no sé...

—Toma, José; darás curso á esta carta en cuanto puedas.

El viejo criado murmuró entre dientes contra la resolución que se habia visto obligado á tomar Guillermo, la cual iba á poner por medio de su tranquilidad á una señora que quizás le amargaría sus últimos años de vida.

Al poco rato, llegó á la casa de Guillermo una visita. Era Alicia Helmer, la antigua pro-



—¿Quién te cuidaría mejor que yo, di?

metida del escultor, la princesa como la llamaba Claudia.

Alicia fué recibida por Claudia, porque Guillermo habia salido á dar un paseo á caballo.

Alicia no le regateó á Claudia los elogios á su belleza. ¡Cómo habia cambiado desde la primera vez que la viera!

—¿También él ha cambiado tanto?—exclamó Alicia sin poder contener su admiración.

—El no, él siempre es el mismo... Mire usted... aguarde usted... ha regresado de su paseo y está hablando con Jack en el jardín. Voy á avisarlo.

Prevenido por Claudia, Guillermo se apresuró á ir al encuentro de Alicia. Ambos se recibieron sin rencor alguno por lo pasado. Afortunadamente, sólo había quedado en el corazón de Guillermo un leve recuerdo de aquel entonces hermoso. Hablaron como amigos:

—Envidé hace más de un año, Guillermo.

—¿Y á qué debo el honor de tu visita?

Mientras, Claudia, sentada en un banco del jardín, cerca de Jack, que ella llamaba tío, al igual que á los otros dos artistas compañeros de Guillermo que tan bien se portaron con ella, le participó:

—¡Ay tío Jack! Si se casa ahora con ella, ya no podré ser ama de llaves de su casa.

—No te aflijas por eso Claudia...

—¿Me encuentras muy cambiada, Guillermo?—preguntaba á éste Alicia.

—El luto te da cierto aire de respeto... ¿Quieres una taza de té?

—No gracias... ¿Te interesa saber que estoy dispuesta á hacerme perdonar?

Esta declaración hizo latir todavía el corazón de Guillermo por ella; pero al ir á unir una de sus manos con la de ella, en un fuerte apretón, su mano tropezó con el tamborcito de bordar de Claudia. El recuerdo de su protegida abrió los ojos á Guillermo, quien contestó á la pregunta de Alicia:

—Me parece que nunca podré volver á sentir la esperanza... ó la desesperación de amor.

El gesto de Guillermo no pasó inadvertido para Alicia, é hizo esta réplica maliciosa:

—Tal vez algún día... volverás á sentirla... ¡Quién sabe!...

—No lo creo...

—Me voy, amigo mio. Gracias por haber sido paciente. Nosotras las mujeres somos muy aficionadas á contemplar nuestras flores marchitas.

En el jardín durante este tiempo, Jack hacia una importante revelación á Claudia.

—Claudia, estoy enamorado de tí desde mucho tiempo. ¿Quieres ser mi esposa?

Claudia miró á Jack y subitamente entristecida, á la par que agradecidísima confesóle:

—No puedo casarme contigo, aunque te quiero más que á nadie en el mundo... exceptuando á mi papá Guillermo.

Jack no hizo el menor gesto de contrariedad; por el contrario, creyendo haber adivinado la causa de la tristeza y de la misteriosa conducta de Claudia, le preguntó, estimulándola con la insinuación de ayudarla si fuera preciso en cuerpo y alma:

—Dime, ¿es á tu papá Guillermo nada más á quien quieres... ó es á Guillermo Peyton?

Claudia no contestó y trató de disimular durante el resto de aquella jornada los efectos de las emociones recibidas...

Por la noche Claudia soñó que el amor del príncipe escultor con la princesa Alicia, fué nada más que un cuento de hadas contado á una niña hacía muchos, muchos años.

Al día siguiente Guillermo sorprendió á Jack consultando una guía de ferrocarriles.

—¿No vas á abandonar?—le dijo.

—Sí, no hay más remedio.

—Pero, ¿qué dices?

—Debes saber, Guillermo, que estoy enamorado de Claudia.

—¡Eh!... ¡Hombre!... ¡vaya!... ¡quién lo iba á decir!... ¡Conque...!

—No pongas esa cara tan larga. Claudia no quiere ser mi esposa.

—¿Cómo? ¿No quiere...? y por qué no quiere?

—Me parece que está enamorada de otro.

—¡Ah!... ¿de otro?... ¿No tienes idea de quién puede ser ese otro?

—Pues necesitas anteojos. Mira, ponte este monóculo y ve con él donde está Claudia á ver si con él descubres algo.

—No seas raro, Jack... Yo siempre tuve buena vista. ¿De qué va á servirme tu monóculo?

—Pruébalo y mira bien...

—Aunque sólo sea por curiosidad, te voy á dar ese gusto.

Inmediatamente fué á sentarse Guillermo en el banco del jardín al lado de Claudia. Ambos sostuvieron esta conversación, hablando primero él:

—Tío Jack dice que estás enamorada de un hombre... ¿Quieres decirme quién es?

—No, no, papaito, yo no quiero...

—Claudia, es la primera vez que tienes un secreto para mí.

—No papá, no...

—Jack dice que no veo bien y me recomendó que usara su monóculo. Voy á ponérmelo; á

ver, mírame, que yo adivine...

A través del monóculo Guillermo vió algo extraordinario, inconcebible, un misterio rasgado prometedor de la mayor ventura terrenal: eran dos ojos, bellos, soñadores, suplicantes y humildes, dos ojos que lloraban mirando fijamente á Guillermo. El lenguaje que ellos empleaban con él era ingenuo, de mágico é irresistible poder.

En el paroxismo de su felicidad tan repentinamente llegada en la briosa cabalgadura del ideal, Guillermo preguntó con vehemente expresión á Claudia:

—¿He sido ciego, Claudia? ¿Me atrevo á creer lo que leo en tus ojos?

Suave, dulce, vencida por el amor, Claudia se abandonó á los brazos de Guillermo...

Para el escultor no podía haber mejor obra que la que acababa de terminar... pues del esbozo que un día el destino puso en sus manos había conseguido producir lo que jamás las manos del hombre modelarán: *la verdadera forma de la felicidad.*

FIN

(Prohibida la reproducción sin mencionar procedencia)

¡COLECCIONISTA!

Por fin están ya listas las reimpresiones de los números atrasados de nuestra publicación. Desde hoy puede usted pedir en todos los kioscos, puestos de venta y bibliotecas de todas las estaciones de España, los ejemplares que le falten para tener completa la colección de nuestras novelas y postales.

No deje usted de adquirir en seguida los números que tanto tiempo ha buscado, para evitar el quedarse sin ellos si de nuevo se agotan.

DE VENTA EN:

Todos los kioscos

Todas las bibliotecas de las estaciones de F. C.

Todas las buenas correspondencias de España.

Números corrientes: 25 cts.

Preparándose una gran sorpresa, sentiría usted no tener toda la colección. ¡Alerta pues y no espere más tiempo!

NÚMEROS PUBLICADOS

N.º	NOVELA	Postal-fotografía
1	No hay juegos con el amor	Douglas Fairbanks (III edic.)
2	El Valle Florido	Mary Pickford
3	Amor de madre	Charles Chaplin
4	La Virgen de las Rosas	Pearl White (Perla Blanca)
5	La culpa ajena	Antonio Moreno
6	De hombre á hombre	Priscilla Dean
7	Una mujer	Eddie Polo
8	Pesadillas y supersticiones	Mary-Douglas (extraordin.)
9	Desinterés	Francesca Bertini
10	El Hábito	Harold Lloyd
11	Jimmy Sansom, El Aventurero	Constance Talmadge
12	La primera novia	Frank Mayo
13	El Pequeño Lord Fauntleroy (1)	Marie Prevost
14	El Pequeño Lord Fauntleroy (2)	Ben Turpin
15	La Tormenta	Pina Menichelli
16	Flor de Amor	Livio Pavanelli
17	La Pantera Negra	Norma Talmadge
18	Bajo dos banderas	Tom Mix
19	Corazón de lobo	Gladys Walton
20	Sueños juveniles	Almé Simon Girard
21	El Mundo y la Mujer	June Caprice
22	Corazones humanos	Sessue Hayakawa
23	El Premio Gordo	Alice Brady
24	La Desconocida	Georges Biscot
25	Robin de los Bosques	Hesperia (extraordinario)
26	La Verdad Desnuda	Harry Carey
27	El octavo no mentar	Mary Miles Minter
28	Cleo La Francesita	Charles Ray
29	La hija del pasado	Ruth Roland
30	La chica del taxi	William Duncan
31	La hija de los traperos	Pola Negri
32	El príncipe escultor	Wallace Reid

La Novela Semanal Cinematográfica



Precios de suscripción
(pago anticipado)

Barcelona y provincias

Año 12 pesetas
Semestre. 7 "

Extranjero

Año 18 pesetas
Semestre. 10 "

Portugal, América y Filipinas

Año 14 pesetas
Semestre. 8 "

Los señores suscriptores de provincias pueden efectuar los pagos por medio de Giro Postal

Talleres gráficos E. VERDAGUER MORERA
Topete, 2 al 16 TARRASA -- Teléfono, 6007